

# Los abuelos

Isabel García-Gallo<sup>\*</sup> y  
Juan-Ramón Lacadena<sup>\*\*</sup>

El papa Francisco se ha referido a los abuelos destacando que «los niños y los ancianos construyen el futuro de los pueblos», que «los abuelos comunican ese patrimonio de humanidad y de fe que es esencial para toda la sociedad», que «transmiten la experiencia y sabiduría de su vida».

¿Es así en nuestra familia? Nuestro testimonio siempre estará impregnado de las circunstancias concretas en las que nacimos, crecimos y vivimos, de los valores y principios en los que nos educaron pero interiorizados, priorizados y revisados en la oración cuando han entrado en conflicto con los que ofrece nuestra sociedad, y de las experiencias personales y familiares que nos han ido enseñando y construyendo nuestro estilo de familia.

Hace tres años celebramos nuestras bodas de oro, somos una familia numerosa, tenemos seis hijos y diecisiete nietos (la nieta mayor se casó hace menos de un año y el pequeño todavía gatea) que se ven muy a menudo y se relacionan con mucha frecuencia las tres generaciones.

Aunque jubilados en nuestras profesiones, seguimos activos como abuelos, viviéndolo con gozo, ilusión y esperanza, y siempre intentando ser fieles a lo largo de estos años, con nuestros aciertos y errores, al proyecto que hicimos cuando nos casamos de formar una familia cristiana que viviera

---

<sup>\*</sup> Profesora jubilada de Religión y Teología, Colegio Ntra. Sra. del Recuerdo. Asesora Familiar.

<sup>\*\*</sup> Catedrático Emérito de Genética, Universidad Complutense.

su fe en Jesucristo y estuviera unida.

### **Identidad familiar**

Generalmente los abuelos somos el lazo de unión familiar y esta es una de las tareas más importantes que podemos llevar a cabo. En nuestro caso, hemos procurado que nuestra casa estuviera abierta a la familia y a sus amigos, interesándonos por todo lo que vive cada uno. Esto nos supone un agradable esfuerzo por mantener la comunicación entre todos, un cierto grado de disponibilidad para estar disponibles siempre, un salir de nosotros para seguir ilusionándonos con lo que a cada uno les ilusiona, un relativizar el desorden y el caos que se produce cuando nos reunimos para comer treinta personas. En cualquier caso, solemos decir que «invertir en familia es invertir en felicidad».

Somos una familia muy unida que disfruta estando juntos, que encuentra siempre un motivo para reunirse, que celebra y guarda las tradiciones familiares como, por ejemplo, imponer el *cachirulo* al nuevo miembro que va a entrar en la familia o colocarlo en la cuna del nieto que acaba de nacer o que dedica horas a ver las miles de fotos que recogen momentos im-

portantes vividos por cada familia o la familia al completo.

Nos alegra pensar que a los nietos les apetece venir a casa de los abuelos para coincidir con los primos, y a los mayores para charlar, hablar de su vida, y oír lo que pensamos en un ambiente de mayor complicidad.

Una familia en la que cada uno de los que la componen, apoya, acoge, acude, está siempre cuando se le necesita, comparte y celebra las alegrías y las dificultades, problemas, enfermedades. Nuestra familia está unida, además de en la alegría, en el dolor y en la tristeza.

### **Importancia del encuentro y del diálogo intergeneracional**

Aunque suele decirse que los padres educan y los abuelos maleducan, creemos que en nuestro caso no ha sido así. La crisis económica, el trabajo de ambos padres fuera de casa, la dificultad de la conciliación laboral y familiar, etc., necesitan de la ayuda de los «abuelos sin fronteras» (sobre todo de las abuelas). Estas circunstancias han hecho que los padres y los abuelos, al convivir mucho más con los nietos, colaboremos en su educación. En nuestro caso, no se trata de fijar o seguir unas

normas (somos respetuosos con las decisiones paternas), sino en transmitir valores, crear hábitos, formar su sensibilidad, ayudarles a conocer a Dios.

### Educar es una acción recíproca

Los abuelos educan y son educados, a su vez, por sus hijos y nietos y esa es la gran riqueza que tienen las relaciones y el diálogo intergeneracional que se dan dentro de la familia. No es verdad que cualquier tiempo pasado –el nuestro cuando nos casamos, criamos y educamos a nuestros hijos– fuese mejor, aunque es lo primero que solemos pensar. No es verdad que nosotros tuviésemos valores, compromiso, generosidad, austeridad, respeto a los mayores y ellos no. No es verdad que ahora todo sea un desastre: sociedad, cultura, juventud; que ya no hay fe ni se cree en la Iglesia; que existe un relativismo moral, que todo vale, que ya no se encuentran modelos o referencias que seguir, que no existe el compromiso para siempre.

Este es el ambiente en el que vivimos, ¡y nos asusta!, por eso debemos conocerlo para, en diálogo con ellos, descubrir sus valores, su prioridad sin que esto signifique que los nuestros no valgan. Porque si creemos que Dios está

presente en toda persona, en esta sociedad, en este mundo, debemos descubrir qué nos quiere decir Él y cómo debemos responder en estas situaciones. «No pedimos al Padre que les saque del mundo sino que les guarde del mal».

No es renunciar a nuestras convicciones ni a nuestras creencias. Como abuelos nos ha ayudado mucho el dedicarnos a la docencia y el seguir formándonos.

Para Isabel los veintiseis años de profesora de Religión, Ética y Teología fueron un regalo. A mis alumnos –el último año tuve a una nieta entre ellos– les debo mucho: me ayudaron a evolucionar, juntos aprendimos a escucharnos, a dialogar, a ponernos en el punto de vista del otro, a respetarlo, a profundizar, a no descalificar ni imponer. Escuchar sus dudas ante la fe recibida, su indiferencia ante ciertas actitudes de la Iglesia, sus críticas a las exigencias de la moral cristiana; a aceptar que la fe y lo religioso no eran un valor prioritario en sus vidas. Todo esto me ayudó a recorrer un camino de fe con ellos.

El trabajo de Juan-Ramón en la Universidad como catedrático de Genética, su formación y autoridad en Bioética han sido una referencia para sus hijos, en los temas relacionados con el principio y

final de la vida, con el control de la natalidad, aborto, etc., y también para sus nietos mayores. Seguir dando cursos, clases y conferencias es una oportunidad para conocer qué se valora, se cree, se acepta o rechaza en nuestra sociedad.

Lo que aprendimos en estos años ha sido fundamental en nuestra relación con hijos y nietos mayores para poder hablar de todo, incluido su proyecto de vida, con naturalidad y respeto al otro. «¿Hoy de qué hablamos, qué historia nos cuentas? ¿Qué noticias trae el periódico?». Aprovechar estas preguntas o ver películas con los nietos medianos es otra oportunidad para enseñarles valores humanos y religiosos.

A veces nos entristecen sus formas de pensar que no son las que nos hubieran gustado, y sin embargo, continuamente damos gracias a Dios porque todos son profundamente buenos, generosos, auténticos, coherentes, respetuosos con los demás, solidarios y entregados a la familia.

### **Pasar el testigo**

Dice el Papa que «los abuelos son el eslabón de esa larga cadena que ha transmitido el amor de Dios en el calor de la familia».

La fe en Jesucristo es el mayor regalo que Dios nos ha hecho; es lo que da sentido a nuestra vida y nos ha guiado desde que nos conocimos. Recibimos la fe de nuestros padres y nos comprometimos a transmitirla a nuestros hijos. No olvidamos que nuestro proyecto de vida desde que iniciamos nuestro noviazgo era «formar una familia cristiana». Es lo que pedimos con todo nuestro corazón a Dios para ellos y nuestros nietos por encima de cualquier otro bien.

No es una misión fácil. Nos gustaría que nuestra vida fuera Evangelio para ellos, nos gustaría compartir nuestra experiencia de fe no hecha de certezas sino de búsquedas. No son nuestras palabras las que les acercarán a Jesús sino nuestro ejemplo. ¡Y esto en nuestras vasijas de barro! Cuánto trabajo dejamos al Espíritu Santo.

Hemos sido siempre respetuosos con nuestros hijos, con su forma de vivir su fe, sus crisis, sus críticas a la Iglesia y en algún caso su alejamiento de ella. Nos gustaría que no olvidaran que sus raíces están también en la Iglesia, con sus luces y sombras, sus virtudes y su pecado; sin ella no habiéramos conocido a Jesús ni ellos tampoco; que continuaran la cadena de transmitir la fe en el «Dios de sus padres» encarnado

en Jesucristo porque él les hará conocer la bondad y la ternura de Dios; que como Iglesia doméstica, hicieran presente a Dios a su alrededor; que vivieran su fe en comunidad porque en ella encontrarán ayuda.

Seguimos vivos, envejeciendo activamente como decimos últimamente, pero acercándonos a la última etapa, quizá la más difícil porque es aceptar la pasividad. Llegará el momento en que el dar y comunicar, se convertirán en recibir, no recordar, esperar, en

que seremos frágiles y vulnerables. Pedimos a Dios que también entonces como abuelos podamos seguir dando ejemplo y transmitiendo la fe de otra manera, aceptando la limitación, facilitando el tiempo y el cuidado que nos dedican, siendo pacientes, alegres, acogedores, agradecidos siempre. La fe vivida como abandono, confianza, agradecimiento a Dios por los hijos y nietos que Él nos dio y la esperanza de que juntos nos encontraremos definitivamente con el Padre será la mejor herencia que podamos dejarles. ■